

MARÍA Y SU MEDIACIÓN EN LAS BODAS DE LA VIDA

Conferencia en la entrega de los Premios
de la Fundación “Cari Filii”
Madrid, 1 junio de 2017

María no es un apéndice tierno y piadoso, sino que representa lo que algún teólogo italiano ha denominado “el método de Dios”, su manera de venir a nosotros y de salvarnos. Eso explica que la larga tradición cristiana haya visto en María, Madre de Dios, un auténtico baluarte en donde nuestras lágrimas han sido enjugadas, nuestra fe ha sido nutrida, sostenida nuestra esperanza y donde la caridad se hace el cristiano *santo* y *seña* de la vida. No en vano, en una de las oraciones marianas más populares y más adentradas en la piedad del pueblo cristiano de todos los tiempos como es la *Salve Regina*, nos dirigimos a la Señora pidiendo que sea abogada nuestra mientras gemimos en el valle de lágrimas.

No es la plegaria derrotista y desesperanzada que pone así la rúbrica de una desesperación, sino la oración humilde que se eleva a quien puede acompañarnos como verdadera Madre pues como hijos suyos fuimos engendrados en la persona del apóstol Juan al pie de la cruz de Jesús (cf. Jn 19, 25-27).

En unos pocos y breves trazos, vamos a intentar esta tarde dibujar sobre el lienzo de vuestra atención, la función mediadora de lo que una Madre tan especial como es Santa María es capaz de mostrarnos como ayuda, luz y consuelo, por la gracia que el Señor siempre nos regala a través de Ella.

1. Una historia inacabada

El amén es la última palabra de la Biblia que viene a decir: todo se ha hecho, así sea, todo está cumplido. Génesis 1-2 describe un proyecto, un sueño ensoñado nada menos que por Dios Creador. “Hágase” fue la orden con la que los labios creadores de Dios llamaba a la vida a todos los seres. Pero tal orden que llenó de belleza y de bondad la creación entera, se tornó por una desobediencia en el caos que desgarró, enajenó y enfrenta (Gén 3). Un “hágase” que se deshizo por esa desobediencia.

Hay un segundo “hágase” que aparece precisamente con María. Toda la historia anterior pendía de la entrada del Mesías en los avatares de la vida humana. Pero tal entrada quiso supeditarse a la libertad creyente de una joven doncella llamada Miriam. Se le propuso nada menos que algo imposible para ella pero posible para Dios. Y la respuesta fue la confianza más extrema que hizo de enseña para el resto de sus días: “hágase en mí según tu Palabra” (Lc 1,38). No será la mudez con la que Zacarías acogerá al hijo en Isabel su esposa anciana, sino que en María será precisamente la Palabra que se hace carne de su carne para bien de toda la humanidad.

Dios nace humanamente de María. Siempre admiré un texto insólito de Jean Paul Sartre, asomado al misterio de María perpleja y pensativa, en una obra que él escribió en la cárcel: «Pienso que también existan otros momentos rápidos, fugaces, en los que ella siente que Cristo es su hijo, es su pequeño, y que es al mismo tiempo Dios. Lo mira y piensa: este Dios es mi niño, esta carne es mi carne, está hecho de mí. Tiene mis ojos, y la forma de su boca es como la mía. Se me parece, es Dios y se me parece»

(J.P. Sartre, *Barioná, El hijo del trueno*. Madrid 2004). Era Dios en María. Un imposible que se hizo posible.

Pienso en las cosas imposibles para nosotros, y me refiero a tantas cosas cotidianas que nos restriegan impunes nuestra pequeñez, nuestra vulnerabilidad, como si una fuerza malhadada de inconfesables pretensiones, nos tuvieran al albur de sus intereses. Son los datos que más nos acorralan, nos asustan y nos enfrentan: índice de paro, violencia doméstica e indomesticable, terrorismo turbador y con turbante, pandemias de pueblos hambrientos, refugiados errantes, corrupción de guante blanco y a mano armada. Habría que poner nombre, fecha y domicilio a las cosas que nos parecen imposibles. Porque la esperanza cristiana coincide precisamente no con el cálculo de nuestra medida capaz de hacer cosas, de enmendarlas, de proponerlas y compartirlas, sino con el don que pedimos a quien nos lo puede dar, y con la espera de que eso nos llegue algún día como gracia.

Evidentemente, no me estoy refiriendo con esa esperanza a que Dios se ponga en traje de faena de político, de gobernante, de empresario, de líder sindical, de sabihondo con caché, y menos aún de fuerza multinacional, para que interviniendo Él, y sólo El, nos arregle nuestras cuentas y nuestras cuitas. No, no es esta la esperanza cristiana. Tantos veces, las más importantes, ese don que pedimos al Señor está en nosotros, ya se nos había dado, pero nosotros no lo sabíamos o no queríamos enterarnos, o vivíamos mal lo que para el servicio de los demás y la gloria de Dios se nos había regalado. Entonces la gracia de Dios consiste en que nos despierta, nos abre los ojos, nos pone a trabajar con otros, para decirnos que este mundo nuestro terrible y maravilloso a la vez, en una herencia tan hermosa como inacabada que pone en nuestras manos, es un don que se hace tarea en la que podemos amasar un mundo posible.

En medio del caos de destrucción y mentira con que el hombre se empeña en ir contra el sueño mejor imponiéndose sus peores pesadillas, no por ello deja de tener nostalgia de algo distinto, nostalgia de que acontezca lo verdadero, nostalgia de que finalmente suceda lo que todavía no ha sucedido. Es una paradoja, pero no por ello es quimera irreal o escape fugitivo: tener nostalgia de algo que esperamos que suceda, no de algo antaño sucedido. Esa nostalgia se cumple cuando acontece un encuentro inesperado que te cambia la vida, porque es Dios quien se hace presente en medio de tus días.

2. María se pone con premura de viaje

María hizo posible ese encuentro en el célebre viaje que con premura realizó visitando a su prima Isabel que como ella estaba encinta. Permítanme un apunte de geografía personal en donde la Divina Providencia ahora me ha puesto, porque es un escenario hermoso que me permite entender y vivir la Visitación de María a su prima Isabel. En Asturias hay también una montaña que tiene que ver con la Virgen, y que la larga historia cristiana de aquellos lares ha hecho de ese lugar un punto de encuentro y una historia que cuidar y transmitir a otras generaciones.

Son profundas las rodadas en los caminos que suben a Covadonga. Siglos y siglos de andadura, cada cual con su anhelo de luz, en la noble búsqueda de la paz, sabiéndose peregrinos de lo mejor que cada día estaba aún por estrenar. Y así se han ido

abriendo senderos en el Valle del Auseva que como venas de esperanza nos permiten ver cada año a las buenas gentes asturianas que llegan hasta este lugar.

La vida se torna a veces esquivada y nos impone sus brumas más densas para poder seguir el camino que nos lleve al destino final. Andamos como perdidos, dando tumbos, y es entonces en la oscura espesura donde no faltan los traficantes de nuestra esperanza, que juegan con nosotros apostando a nuestra dicha o desdicha según el interés particular. La vida en otros casos se muestra impenetrable y nos deja inmóviles sin poder siquiera dar un humilde paso adelante, como si de una pared cerrada a cal y canto se tratase.

En este claroscuro y agridulce presente, que tantas personas saben y padecen, aparece este valle en Covadonga y la Santa Cueva de la Santina, que tienen esta virtud: abrir el horizonte, llenar nuestra mirada del verde amable de una esperanza cierta, y en la roca impasible herir su dureza dándonos un cobijo en medio de todas nuestras intemperies. María representa todo esto en este santo lugar: el horizonte y la acogida. ¿Quién no necesita de esto en su vida? Así lo hemos vivido los cristianos durante siglos subiendo a Covadonga, adentrándonos en estos bosques, encantándonos con el murmullo saltarín de sus aguas, escuchando una y otra vez la canción de sus aves, y conmoviéndonos ante el testimonio de fe y confianza con los que tantos hermanos y hermanas nuestros han sido bendecidos.

El evangelio de la Visitación nos pone delante precisamente a María que sube a la montaña. El precioso rincón montañoso no lejos de Jerusalén, Ain Karem, era donde vivían Isabel y Zacarías. También Isabel se encontraba esperando un hijo, que como en el caso de María, era fruto de un milagro. Cuando ya no cabía esperar en Isabel, o cuando no había llegado todavía el tiempo de la espera en María, la vida llamó a la puerta, haciendo Dios posible lo que para ellas era imposible. Y la vida se hizo carne de mujer, se hizo entraña, sueño y guiño, portadora de un mensaje capaz de encender una luz sin ocaso, una verdad que no traiciona, una bondad que jamás se envilece, y una belleza para siempre lozana.

El relato del Evangelio habla de un gesto hermoso, que es el que solemos asignar al encuentro con la gente que queremos de veras. La exclamación de Isabel ante la llegada de María es una reflexión sobre las relaciones humanas: “¿quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? Apenas me llegó tu saludo ha saltado de alegría la criatura que llevo en mis entrañas” (Lc 1, 44).

Es claro en el texto, que María era portadora de Jesús, y que yendo hasta su prima anciana, le llevó lo más importante. Y la criatura de Isabel saltó de alegría. Esta es la escena. ¿Qué ocurre cuando en nuestras relaciones nos visitamos no con lo mejor, sino con lo peor de nosotros mismos? Es decir, cuando unos y otros, y así cada cual, sólo mira su pequeño mundo de comedia, su particular y resentida tragedia, su horizonte a salvar con pretensión interesada. Y aquí cada uno tiene nombre y oficio: el político y gobernante, el empresario, el trabajador, el agente social, el obispo, el sacerdote, la monja, el estudiante, el anciano, el joven... todos, absolutamente todos, tenemos nuestro mundo, nuestra dificultad. Si para salvarla salimos al encuentro del otro con lo peor de nosotros mismos, es decir, con nuestros miedos, con nuestros rencores, con nuestros egoísmos, con nuestras violencias, jamás podremos construir algo que valga la pena,

algo que sirva para el bien común y el bien personal. Y lo que salta en el otro no es ya lo mejor, sino lo peor: el miedo genera miedo, la injusticia provoca injusticia, la violencia enciende violencia, y así en una espiral que no tiene término.

María salió hasta la casa de Isabel, con aquella primera procesión del Corpus llevando a Jesús en sus entrañas y dando la paz y la vida a quien encontraba. María fue bendecida y se profetizó que todas las generaciones la llamarían bienaventurada.

3. En las bodas de la vida, María intercede cuando falta el vino de la alegría

Cuando nos ponemos en la danza de la vida, hemos de levantar acta inevitablemente de los agrídulces y clarosucros momentos en los que nuestro camino concreto boga hasta la eterna orilla. Unas veces son aguas llenas de bonanza en donde navegar se hace sencillo y el sentido de la meta se alcanza con la vista aunque quede lejos. Otros momentos la marea se encrespa, las olas nos asustan y arrebuja, y sentimos como aquellos discípulos erizarse nuestra piel y cabellos por el más puro miedo, mientras que parece que Dios mismo duerme en la popa de nuestra barca sin darse cuenta de nuestro pánico y duelo (Mc, 4, 33-41). Son muchos los motivos de nuestra aflicción y cada uno de nosotros, la entera humanidad en este tramo de su historia, puede y sabe relatar el terrible elenco de cosas que nos lastiman y astillan hasta robarnos la esperanza. Pero es ahí, justamente donde más duelen las preguntas donde Dios pone con respeto sus respuestas, como también al estar a oscuras del todo apagado Él sencillamente enciende una luz tenue y verdadera para disipar del todo nuestras sombras, o como ante el pecado que nos asola como penúltimo desliz de nuestra debilidad humana Dios se reserva la última palabra que viene con su perdón y su gracia.

No hay que censurar ni maquillar lo que nos aflige, lo que nos entristece, lo que nos falta, cuando hay alguien que viene a nuestra vida con un consuelo de paz que levanta nuestra esperanza. Así sucedió en Caná de Galilea, en una célebre boda en la que Jesús y los discípulos estaban invitados y en donde María estuvo presente con una mediación que la consagró como mediadora de la gracia y consuelo de los afligidos.

El Evangelio de Juan tiene un tema que hace de hilo conductor de todo su relato: la hora. Todo cuanto el evangelista ha recogido sobre Jesús, tiene como finalidad llevar al lector a la contemplación de la entrega suprema de Cristo, verdadera “hora” en la que el Señor dará por terminado cuanto el Padre le había confiado: “todo se ha cumplido” (Jn 19,30). Por eso Jesús se resiste a que nadie modifique su “horario” redentor. Leemos en el Evangelio de Juan: “entonces quisieron detenerle, pero nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora” (Jn 7,30); “estas palabras las pronunció mientras enseñaba en el Templo, pero nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora” (Jn 8,20). Se explica así que en el relato de las Bodas de Caná, Jesús diga a su Madre: “mujer déjame, porque todavía no ha llegado mi hora” (Jn 2,4). No es fácil explicar esta respuesta, que da la impresión de desdén, de molestia o de enfado de Jesús hacia María, pero se trata sin más de una afirmación que Él hace de la absoluta primacía de las cosas de su Padre a las que se dedicará antes que a nada con todo su amor y su tiempo. Habiéndolo aclarado, accederá de hecho a la observación de María en Caná.

“Tres días después” (Jn 2,1), comienza diciendo este Evangelio. Tres días tras aquel primer encuentro con Felipe y Natanael, está María y los discípulos. Es la primera hora, anticipo de aquella postrera, en la que María junto al discípulo amado, volverá a apare-

cer en la escena de Jesús, en la cual se dirigirá nuevamente a ella para llamarla con el mismo nombre: “mujer”, haciéndola “madre” de Juan (Jn 19,26-27) y de la nueva humanidad que nacerá cuando Jesús resucite el primer día de la semana, es decir, “tres días después” de aquella escena al pie de la Cruz (Jn 20,1).

María es una mujer que viendo el conjunto de cuanto en esa boda sucedía, se da cuenta de una carencia: la del vino. Hace de su descubrimiento una petición a su Hijo e invita a los sirvientes a escuchar esa Palabra de Jesús: “Haced lo que El os diga” (Jn 2,5). Les propone lo que en el fondo ha sido su vida desde que decidió que en ella se cumplieran los hablados de Dios: “hágase en mí según tu Palabra” (Lc 1,38). Ella propone a los otros algo que no le es extraño, no algo prestado o aprendido, sino algo que constituye la entraña de su actitud ante Dios: les propone lo que desde siempre Ella ha vivido.

Sin duda que en una boda lo más importante son los novios y su amor. El vino es una pequeñez sin transcendencia, pero que si llega a faltar, aunque esté lo más importante, la fiesta resulta incompleta. Tantas veces los grandes momentos dependen de las cosas pequeñas. Y en nuestro mundo, y en nuestra vida cotidiana, hay muchas cosas “importantes” que están ahí, pero acaso todo eso importante no se logra culminar de modo feliz porque faltan las pequeñeces, todo eso que jamás llenará las primeras páginas ni será objeto de grandes titulares. Es la letra menuda de nuestro cotidiano vivir.

¿Cuál es el vino que nos falta en nuestro mundo? Tantos, quizás, nos están faltando. El vino de la paz, el de la ternura, el del cariño y la comprensión; el vino de la esperanza y del amor, el vino de la fe. Cuando faltan estos vinos, la vida se “avinagra”. No es igual brindar con vino generoso que tiene la denominación de origen de las viñas de Dios, que hacerlo con el licor tramposo de nuestros egoísmos, pretensiones e intereses en los que las cosas tienen nuestro pobre horizonte y nuestra mezquina medida.

María vio la carencia en la boda, la hizo suya solidariamente, y se puso manos a la obra. No se quedó en relatar lo que sucede y lamentarse por lo que falta. Darse cuenta del “vino” que no tenemos, arrimar el hombro en lo que de nosotros depende, teniendo en la Palabra de Jesús nuestra esperanza: esto fue Caná y esta fue María.

Termina el Evangelio diciendo que “los discípulos creyeron en El” (Jn 2,11). El final es que habiendo vino, hubo fiesta, y la fiesta fue creyente. Porque los discípulos viendo el milagro creyeron en Jesús con una fe ayudada y sincera. Al mundo le sobran las aguas insalubres e insípidas del endurecimiento, las desconfianzas, los dimes y diretes, y las rencillas. Necesitamos un vino bueno y generoso, el del amor y la esperanza, el que germina en fe. Sólo en este caso, sin que sirva de precedente, preferimos este vino a la sidrina asturiana.

Este es el camino que María nos presenta, en estos tres trazos que en el lienzo de esta tarde hemos querido dibujar. Y se encuadra en un hermoso contexto en el que la Fundación Cari Filii hace entrega de unos premios que tienen que ver con esa mediación de María en las encrucijadas cotidianas:

La Asociación Más Futuro que apadrina a los Rescatadores Juan Pablo II, son una apuesta por la vida más amenazada, esa batalla que se libra en el seno de madres tenta-

das de abortar al hijo de sus entrañas. Tantas veces solas, presionadas, usadas y luego tiradas, estas mujeres necesitan de una ayuda cercana, tierna y verdadera para que puedan abrazar la vida que en tantas circunstancias corrientes o extraordinarias, Dios se hace hueco para llamarla.

La increíble historia de la pequeña Maki, que supo poner una inocente sonrisa tan llena de pureza y gracia en medio de la enfermedad que amenazaba con la mueca sorda de la tristeza más desalmada. La sonrisa de Maki, llenó el mundo de una alegría cristiana. Es la historia de una niña que se fío de María, que la invocó, y que ella y su familia no pueden por menos que reconocer cómo la Virgen sostiene la esperanza y consuela la aflicción.

Y por último un texto hermoso y profundo escrito sobre María, nuestra Madre, debido a la pluma del escritor toledano José Manuel García.

Todos los días escribimos una página del libro de nuestra vida. El Dios escribano nos lleva la mano para lograr contar en nuestros renglones más torcidos tantas veces, la historia más recta y hermosa que suena como una hermosa melodía. Que María nos sostenga en nuestra andanza y nos haga estar atentos a quien con nosotros quiere escribir cotidianamente nuestra vida.

+ Fr. Jesús Sanz Montes, ofm
Arzobispo de Oviedo
1 junio de 2017